

SALIDA EN FALSO EN SUDÁFRICA

En las primeras elecciones democráticas celebradas en Sudáfrica en 1994, los omnipresentes carteles del Congreso Nacional Africano proclamaban «Empleos, empleos, empleos» y «Una vida mejor para todos». Este último eslogan sale a relucir con cada cita electoral; el primero no ha vuelto a aparecer. La razón es simple: el desempleo actual es mucho más elevado que en 1994 y mantiene un acusado ascenso. Según la mayoría de los indicadores habitualmente utilizados, las cifras de desempleo se han mantenido durante cierto tiempo entre el 38 y el 40 por 100, aunque esa cifra cuente como empleados a personas que trabajan una hora a la semana (por ejemplo lavando y sacando brillo a un coche). Con cualquier indicador razonable de empleo formal, más de la mitad de la población no tiene trabajo. Ciertamente también hay que considerar el sector informal de vendedores callejeros de frutas y verduras, guardacoches, vendedores ambulantes y similares. Pero muy pocos entran en ese sector si no es por desesperación, diluyéndose fácilmente en una amplia subclase de mendigos, prostitutas y delincuentes.

Las razones de este monumental fracaso son complejas. El hecho de que alrededor de un tercio de los parlamentarios y ministros del CNA sean miembros del Partido Comunista de Sudáfrica (PCSA) y de que la mayoría de los restantes todavía se apoye en una vulgar terminología marxista, difícilmente aumenta la confianza de los inversores nacionales o extranjeros. La huida de alrededor de una quinta parte de la población blanca desde 1994, cerca de un millón de personas, representa una pérdida no sólo de quizá unos 250.000 profesionales y pequeños empresarios, sino también de los 5 a 7 empleos que se estima que generaban cada uno. El nuevo gobierno también ha liberalizado la vieja economía asediada del *apartheid*, lo que ha suprimido empleos en las industrias relacionadas con la defensa y en sectores anteriormente muy protegidos que no han podido afrontar la competencia asiática.

Más amenazador es el completo fracaso de la reforma educativa posterior al *apartheid*. El primer ministro de Educación, Sibusiso Bengu, cometió el error garrafal de deshacerse de muchos de los mejores profesores, mientras que su sucesor Kader Asmal, agravó el desastre reduciendo las exigencias

(para obtener un porcentaje mayor de aprobados), e introduciendo un nuevo plan de estudios incomprensible para muchos profesores. Además de todo esto, muchas escuelas municipales están sacudidas por la violencia, por profesores abusivos que no acuden a las clases y por un colapso organizativo y moral. El gobierno arroja dinero sobre el problema pero teme enfrentarse al mafioso sindicato de profesores, que se opone enérgicamente a cualquier intento de reforma. El resultado es una catástrofe peor que la originaria introducción de la Educación Bantú por el gobierno del *apartheid*; realmente es normal ver que los colegios de Educación Bantú se consideran modelos mucho mejores que los actuales equivalentes municipales. Además, muchas de las universidades están lamentablemente gestionadas, de manera que también ha habido un claro declive de la educación superior. El resultado es que el vacío de trabajadores cualificados que dejó la partida de profesionales blancos (y asiáticos) no puede llenarse, y que Sudáfrica simplemente carece de los técnicos necesarios para mantener y hacer funcionar su sofisticada infraestructura y su complejo sector privado.

La Administración pública se ha convertido en un agujero negro en el que se mezcla la poca capacitación, la corrupción y la incompetencia, y actualmente está totalmente fuera del control del gobierno. Por ejemplo, los donantes occidentales de ayuda en el resto del continente descubrieron que Sudáfrica se había convertido en un importante donante gracias a cientos de actos de generosidad, no planeados y descoordinados, en los viajes de los ministros y patronos de empresas paraestatales, todos deseando «cautivar» a sus anfitriones «a lo grande». Queriendo asegurar que esta ayuda se coordinara con la suya, los Estados de la UE financiaron una investigación en el Ministerio de Hacienda sudafricano para saber qué ministerios y empresas paraestatales habían proporcionado ayuda. Más de dos años después se ha demostrado imposible obtener respuesta de ministerios y burócratas a esas preguntas. El nivel inferior de la Administración provincial y municipal está todavía en peor estado, asfixiando las iniciativas de desarrollo antes de que se pongan en marcha.

Aterrado por el creciente desempleo, el gobierno de Mbeki respondió creando el primer Estado del bienestar de África. Las pensiones de los mayores fueron equiparadas con las de los blancos bajo el régimen del *apartheid*, y los hogares pobres fueron autorizados a consumir libremente un mínimo de agua y electricidad, un mínimo que millones de hogares superaron ampliamente mediante conexiones ilegales y firmes negativas a pagar las tarifas y los impuestos, llevando a la bancarrota a las dos terceras partes de las autoridades locales del país. Para evitar su completo colapso, el Ministerio de Hacienda ha intervenido y regularmente liquida la deuda, lo que equivale a decir que esta pesada carga pasa rutinariamente al presupuesto nacional. El gobierno también ha introducido subsidios por incapacidad, reclamados por muchos de los 5,7 millones de sudafricanos enfermos de sida, y prestaciones para niños hasta los 15 años, unas prestaciones que ahora el CNA promete ampliar hasta los 18. El resultado es que 13,5 millones de sudafricanos, de una población total que en

2008 era de 44 millones, son formalmente receptores de prestaciones sociales, aunque en la práctica el dinero se reparta entre muchos más miembros de la familia. Ciertamente, el efecto general es hacer el desempleo más soportable. Entre 1993 y 2006, el porcentaje de desempleados en hogares sin ninguna relación con el mercado del trabajo creció del 20 al 38 por 100. En otras palabras, la extensión de las políticas del bienestar ha supuesto la consolidación de la dependencia de las misma de cerca de dos quintos de la población más pobre.

Una nueva elite

Al mismo tiempo, el gobierno del CNA ha estimulado enérgicamente el Empoderamiento Económico Negro (EEN), una forma de capitalismo amiguista que ha llevado a los negros bien relacionados a hacerse con acciones de negocios de propiedad y gestión predominantemente blancos, produciendo millonarios instantáneos. Esta política, junto a un resuelto empuje de reafirmación en todas las esferas, ha provocado la creación de una floreciente, aunque fundamentalmente parasitaria, burguesía negra, que mayoritariamente carece de capacitaciones profesionales o empresariales y que casi por completo debe su fortuna a compañías e instituciones creadas por otros. Los nuevos ricos viven en un mundo completamente irreal, disfrutando de los símbolos externos de la riqueza y del éxito, conduciendo Mercedes, viviendo en mansiones de estilo, adquiriendo fincas y empleando sirvientes, y a menudo saltando de trabajo en trabajo con el «éxito» garantizado esencialmente por el color de su piel. Muchos de ellos han llegado a considerarse auténticos hombre y mujeres del Renacimiento, capaces de hacer funcionar los negocios y las universidades, o actuar como reyes o reinas filósofos del africanismo. Sus estilos de vida están moldeados sobre el de los viejos ricos blancos, pero mientras que el *apartheid* convirtió virtualmente a estos últimos en parias en la sociedad internacional, sus sucesores negros disfrutaban, temporalmente, de la aceptación universal. Es un mundo raro, hueco y sin duda insostenible, en el que el espectro completo de los estereotipos psicológicos fanonistas está en estridente exhibición.

Esta nueva burguesía negra fue tanto la principal beneficiaria como la fuerza conductora de la presidencia de Mbeki, a pesar de la predilección de este último por el discurso marxista-leninista. Mbeki siempre justificó su política con referencias a la Revolución Democrática Nacional (RDN), una especie de NEP del Tercer Mundo, desequilibrando así a sus oponentes de izquierda, el PCSA y sus aliados en el Congreso de los Sindicatos de Sudáfrica, que sólo podían pedir una forma más radical de RDN. El resultado real de las presidencias de Mandela y Mbeki fue un acusado incremento de la desigualdad en la que había sido, para empezar, una de las sociedades más desiguales del mundo. En 1995, un año después de la llegada de la democracia, cuando había un discurso embriagador sobre una mayor igualdad, el coeficiente de Gini que mide la distribución de los ingresos se mantenía en el 0,64 por 100. En 2005 había aumentado hasta el

0,69. Los estudios muestran cómo mientras que en el pasado las diferencias entre blancos y negros eran el principal componente de la desigualdad, estas diferencias han disminuido considerablemente pero a su vez han sido superadas por crecientes abismos entre la población negra.

Para entender lo que está sucediendo puede observarse lo ocurrido en 2006 con el acuerdo de Empoderamiento Económico Negro sobre Impala Platinum, el segundo productor mundial de platino. Una gran parte fue a parar en términos favorables a Mmakau Mining, una compañía fundada y dirigida por Bridgette Radebe, esposa del ministro del gobierno Jeff Radebe. Bridgette era una figura influyente tanto en el gobierno como en los círculos mineros, presidiendo el Junior and Small Scale Mining Committee, y también estaba a cargo de la estatal (y deficitaria) mina de diamantes Alexkor. (Cuando Bridgette se hizo cargo de Alexkor en 1999, la mina pasó a la supervisión de su marido Jeff, entonces ministro para las Empresas Públicas)¹. Solamente un mes después del acuerdo sobre Impala, Anglo Platinum anunció un acuerdo similar con el hermano de Bridgette, Patrice Motsepe, presidente de African Rainbow Minerals. A pesar de todo el discurso sobre la entrega del poder económico a las masas africanas, las dos mayores compañías de platino han concentrado sus acuerdos sobre una sola familia privilegiada (Patrice y Bridgette son hijos de una princesa tswana). Además, Bridgette es también cuñada de otro magnate del EEN, Cyril Ramaphosa, otorgando a esa familia un grado de influencia política y financiera equiparable al de los Oppenheimer. Ramaphosa, un antiguo secretario general del CNA y número dos en la lista del partido detrás de Mandela en las elecciones de 1994, ha sido señalado repetidamente como candidato presidencial, mientras que Tokyo Sexwale, el anterior responsable del CNA en la provincia de Gauteng, convertido en uno de los hombres más ricos del país, de hecho hizo un intento tardío para presentarse a la presidencia.

De estos magnates del EEN se espera que contribuyan considerablemente a los fondos del CNA y que sean un apoyo para el presidente. Además, ya que su recién estrenada riqueza se deriva tan claramente de fuentes políticas, los magnates deben permanecer dentro de un círculo cerrado en la cima del CNA, por ello tanto Ramaphosa como Sexwale permanecieron en la ejecutiva nacional del CNA. Cuando se comprueba que la ministra que hizo aprobar la Ley de Desarrollo de Recursos Minerales y Petróleo que forzó los acuerdos del EEN en las compañías mineras, Phumzile Mlambo-Ngcuka, está casada con Bulelani Ngcuka, en aquél momento fiscal general, confidente clave de Mbeki y más tarde un gran beneficiario del EEN, uno empieza a comprender cómo detrás de la retórica del «poder para el pueblo», la nueva clase dirigente custodia el control real más

¹ Cuando la mina finalmente se derrumbó se debió principalmente a que Jeff Radebe, en un clásico ejemplo de torpe intervención estatal, forzó a la dirección a readmitir a los trabajadores superfluos de nuevo en plantilla, provocando una factura salarial que la empresa no podía afrontar.

rigurosamente que nunca en la historia de Sudáfrica. Mientras que bajo el gobierno de los blancos la elite nacionalista afrikáner a menudo celebraba matrimonios dentro del mismo grupo y algunas veces se sentía como una gran familia, el poder económico estuvo siempre esencialmente en manos de una elite empresarial angloparlante y a menudo judía. Bajo el gobierno del CNA, los poderes económicos y políticos se han consolidado en el mismo pequeño grupo, mientras que cada nuevo acuerdo que enriquece más a esta camarilla se recibe como un paso hacia la «democratización de la economía». Más claro todavía, los magnates negros frecuentemente advierten que, a no ser que haya mayores acuerdos del EEN, habrá una «revolución social»; la desverguenza total.

Hay pocas dudas de lo que aguarda al final de este camino. Si nos fijamos en los cinco Estados meridionales del continente que ganaron la independencia a través de la lucha armada contra el dominio blanco, con movimientos revolucionarios fuertemente influenciados por el marxismo-leninismo, encontramos que Armando Guebuza, presidente de Mozambique, también es el hombre de negocios más rico del país. Angola ha estado gobernada durante los últimos treinta años por José Eduardo dos Santos, no sólo el hombre más rico de Angola sino el segundo hombre más rico de Brasil (la Angola de ultramar). Robert Mugabe y Sam Nujoma, presidentes fundacionales de sus respectivos países, son sin duda los hombres más ricos de Zimbabue y Namibia respectivamente. Sudáfrica es un pariente que ha llegado más tarde, pero no hay duda de que Nelson Mandela es un hombre rico, con muchas casas preciosas, casado con la de por sí acaudalada Graça Machel, que ha sacado pleno provecho de las oportunidades del EEN en Sudáfrica a pesar de ser extranjera. Walter Sisulu, camarada de prisión de Mandela, murió pobre, pero sus hijos son actualmente inmensamente ricos. Igualmente, Govan Mbeki, un estalinista de la línea dura, murió pobre, pero nadie duda que su hijo, Thabo, el anterior presidente, sea un hombre rico. Todos estos Estados han evolucionado sin esfuerzo hacia la plutocracia mientras se envolvían con el martillo y la hoz y recitaban una retórica izquierdista.

La coalición de los heridos

Cuando en 1997 Mandela seleccionó a Jacob Zuma como vicepresidente del CNA, no había ninguna razón para verlo como ideológicamente distinto del nuevo presidente, su aliado y compañero durante mucho tiempo Thabo Mbeki. Lo más llamativo sobre Zuma residía en que era prácticamente el único de los miembros de los escalones superiores del CNA que carecía de formación académica y que tenía unos fuertes orígenes campesinos. Para Mandela, que siempre valoraba la importancia de cosas como éstas, la clave estaba en que Zuma era un zulú, que los zulúes son el grupo étnico más grande de Sudáfrica y que el CNA había estado dirigido durante casi cuarenta años por xhosas, Mandela, Tambo y Mbeki. Estas consideraciones sobre equilibrio étnico provocaban las burlas de Mbeki y

la generación más joven, que insistían en que el tribalismo era en gran parte un concepto del *apartheid*. Más directamente, Mbeki también era un paranoico, mortalmente desconfiado de cualquiera que pudiera convertirse en un rival, y propenso a dar sigilosos pasos para deshacerse de ellos. Así, meses después de tomar posesión de su cargo, Zuma se encontró despojado de casi todas sus funciones y pronto se enteró que estaba bajo vigilancia policial, algo impensable a no ser que Mbeki lo hubiera ordenado.

Estas medidas se intensificaron según se derrumbaba el apoyo a Mbeki. En las elecciones generales de 1999 había derrotado a la opositora Alianza Democrática obteniendo el 67 por 100 de los votos frente al 9,6 de la Alianza. En 2001 los sondeos de opinión mostraban que el apoyo a Mbeki se había reducido al 42 por 100, comparado con el 28 por 100 de la Alianza de Tony Leon. Se emprendió inmediatamente una campaña para desestabilizar a la Alianza: robo de ordenadores, espionaje, acusaciones falsas, etcétera. Al mismo tiempo, todos los principales rivales de Mbeki—Ramaphosa, Sexwale y Mathews Phosa— se vieron acusados de tratar de derrocar a Mbeki con la ayuda de la CIA y del MI5. Zuma también fue acusado y tuvo que humillarse en la televisión pidiendo el perdón de Mbeki. Fue inútil: los allegados a Zuma fueron juzgados y encarcelados y se utilizó a una mujer para fabricar una acusación de «violación» contra Zuma. Finalmente fue obligado a abandonar la vicepresidencia, mientras Mbeki buscaba extender su propio poder indefinidamente.

Mbeki, todavía encerrado en la cultura estalinista del exilio, se había equivocado fatalmente de hombre y se había equivocado con la cultura política local. Aunque racialmente restringida, Sudáfrica conoce la democracia representativa desde 1854 y tiene una prensa libre. Nunca ha conocido presidentes vitalicios y la lucha anti *apartheid* se libró con ese objetivo. Zuma, un zulú orgulloso, nunca doblaría la rodilla. Indignado por la manera en que había sido perseguido y expulsado, puso su mirada en la presidencia sin aceptar amenazas o súplicas en su lugar. De esta manera, Zuma se ha encontrado de forma natural en sintonía con las fuerzas de la oposición de izquierda, principalmente el PCSA y el COSATU (Congreso de Sindicatos de Sudáfrica). Formalmente constituyen una alianza tripartita con el CNA, un acuerdo dirigido a asegurar el control comunista, ya que las relaciones entre el PCSA y el COSATU son similares a las que mantiene el Partido Comunista Francés con la CGT, todos los dirigentes sindicales clave están también en el PCSA. En 1996 este sector había sido mortalmente ofendido cuando Mbeki emprendió el programa de Crecimiento, Empleo y Redistribución (CER) sin consultarles. El CER prometía toda clase de cosas, pero en su corazón había una ortodoxia fiscal y monetaria dispuesta para agradar al Banco Mundial/FMI y así acabar con la necesidad de Sudáfrica de pedirles préstamos. Pero el PCSA y el COSATU nunca podían aceptar su exclusión de la confección de la política económica que simbolizaba el CER y por ello se opusieron desde el principio, refiriéndose a él como el «proyecto de clase 1996» e insistiendo en que representaba una solución 70/30, una alianza entre el capital blanco y el negro, que juntos

constituían el 30 por 100 de la población, levantada contra el 70 por 100 de los pobres y excluidos. El completo estatus del PCSA y del COSATU como participantes iguales en la lucha de liberación estaba amenazado. Su amargura la compartían muchas personas, marginadas por Mbeki por diversos motivos. Colectivamente, estos personajes se congregaban en torno a Zuma, la víctima más ilustre de la paranoia de Mbeki. De aquí viene la llamada «coalición de los heridos».

Mientras estuvo en el gobierno, Zuma había apoyado animadamente el CER, pero cuando empezó a encontrarse primero amenazado, y más tarde en 2005 despedido de su vicepresidencia, empezó a aparecer más y más en los encuentros del PCSA y del COSATU, donde era acogido como un tribuno del pueblo contra un gobierno cada vez más alejado e impopular. Zuma, claramente consciente de que los 1,8 millones de militantes del COSATU y su disciplinado núcleo de activistas lo convertían en la fuerza clave para sacar adelante el voto del CNA en momentos electorales, estaba feliz de aceptar el apoyo del PCSA y del COSATU, pero tenía cuidado en no arriesgarse a acusaciones de deslealtad al CNA atacando a Mbeki o la política del gobierno, limitándose a verdades de perogrullo. Sin embargo, el vínculo entre Zuma y sus aliados de la izquierda se forjó durante varios años de aislamiento: por una parte Zuma no podía pensar en derrocar a Mbeki sin su ayuda, por la otra, la larga campaña contra Mbeki permitió al PCSA aumentar mucho su influencia. El PCSA, que en su momento era un coto de intelectuales judíos blancos, había desarrollado un notable matiz zulú en el exilio y la clandestinidad, y no pasa desapercibido que su actual líder, Blade Nzimande, es un zulú unido a Zuma por lazos tanto afectivos como ideológicos.

Estas dos características estaban a la vista en el periodo previo a la Conferencia Nacional del CNA de Polokwane, en diciembre de 2007. Mbeki, mostrando una profunda falta de sabiduría, decidió ignorar la enérgica opinión del Consejo General del Partido en 2005 e insistir en su propia candidatura para un nuevo mandato como presidente, algo que de manera general se veía como un intento de permanecer en el poder por las buenas o por las malas. Si hubiera dejado sitio con elegancia, es posible que hubiera surgido otro candidato anti Zuma más popular, pero Mbeki tenía toda su confianza puesta en ser capaz de utilizar su mandato y el patrocinio presidencial para alcanzar sus fines. Una de las consecuencias fue la creciente consolidación de un bloque electoral zulú detrás de Zuma. En todas partes de KwaZulu-Natal se podía oír que «ha llegado nuestra hora», que los zulúes habían aguardado pacientemente para reasumir el liderazgo de lo que todavía consideraban como el partido del jefe Luthuli, y que el intento de Mbeki de prolongar el ya excesivamente largo ascendente xhosa no solamente rompía un compromiso explícito de alternancia, sino que era exactamente lo que uno podía esperar de un xhosa tramposo. Las encuestas de opinión sugerían que Zuma podía recoger gran parte del voto de la provincia inkata, así como el del CNA, en una oleada de nacionalismo zulú que podría llevar la larga carrera del jefe Buthelezi a un inmediato fin. Mientras, tanto en KwaZulu-Natal como en el resto del país,

el COSATU y el PCSA trabajaban sin cesar para reclutar y promocionar a sus propios activistas en las ramas y federaciones del CNA, hombres y mujeres sólidamente comprometidos con Zuma. Esto era lo que Zwelinzima Vavi, el líder del COSATU, quería decir cuando hablaba de la causa de Zuma como un «tsunami imparable».

Cuando esta ola rompió en Polokwane sobre Mbeki, equivalió a un efectivo voto de censura al grueso de la clase política del CNA que había gobernado el país desde 1994. Mbeki no solamente fue derrotado por un 60 a 40, sino que todo el equipo ejecutivo que estaba detrás de él también fue destituido. Ni el presidente del partido, Terror Lekota, ni el vicepresidente de Mbeki, Phumzile Mlambo-Ngcuka, fueron elegidos entre los 86 miembros del Comité Ejecutivo Nacional. También perdieron sus puestos quince ministros con cartera, diez viceministros, todos los miembros del equipo de Mbeki, diez parlamentarios y ocho de los nueve ministros provinciales (el noveno sobrevivió solamente porque prometió jubilarse pronto). A la Ejecutiva Nacional llegaron muchos oscuros militantes de provincias. Un desconcertado Lekota me decía: «llevo en la lucha muchos años pero no conozco a la mayoría de esta gente». En no poca medida, esto era una toma del poder del PCSA-COSATU, simbolizada por el hecho de que el presidente del PCSA, Gwede Mantashe, se convirtió en el nuevo secretario general y portavoz oficial del CNA. Siguiendo los deseos de Zuma, se permitió que Mbeki continuara en su cargo, pero el descontento hacia él creció cuando quedó claro que no se detendría en su guerra de guerrillas contra Zuma; el final llegó en septiembre de 2008 cuando fue ignominiosamente obligado a abandonar, reemplazado temporalmente por Kgalema Motlanthe, un viejo militante que había dirigido el sindicato minero, en el periodo previo a las elecciones de abril de 2009.

Los cargos de corrupción contra Zuma –finalmente retirados en abril de 2009– nunca le hubieran impedido convertirse en presidente. En la práctica, la mayoría de los miembros del CNA asumen que sus dirigentes tienen una mano en la caja, lo consideran normal y no ven la razón por la cual Zuma debería ser señalado en especial. Es una persona simpática y agradable, que se siente a gusto en su propia piel y muy consciente de que no podía afrontar el dar cobijo a la fortuna antes de ser elegido. Su presidencia verá a un Partido Comunista del viejo estilo asumir una influencia y autoridad sin paralelo en un Estado importante por primera vez en muchas décadas. Zuma, como Mbeki, fue durante mucho tiempo miembro del PCSA y debe al partido la mayor parte de su formación política, pero también es consciente de que menos del 5 por 100 de los sudafricanos dicen que apoyan al PCSA. Empleó gran parte del periodo previo a las elecciones tratando de convencer a los inversores nacionales y extranjeros de que pueden invertir con confianza en Sudáfrica, y de que las cosas continuarán como siempre. Al mismo tiempo frecuentemente habla como el populista rural que realmente es: partidario de la disciplina, homófobo, deseando tomar medidas duras contra el crimen y los embarazos de adolescentes, favorable a la pena de muerte; siente que de al-

guna manera el CNA ha fallado a la población rural negra y que hay que hacer «algo» por ella. Entiende poco de economía y se encuentra mucho más contento cantando con fuerza canciones de lucha en los escenarios del partido que pronunciando graves discursos. Es un oyente, un hombre que sabe lo que no sabe, dispuesto a escuchar a todas las partes antes de resumir la perspectiva del consenso. Pero eso simplemente aumenta la importancia de los que se sientan con él alrededor de la mesa.

¿Cambio hacia la izquierda?

¿Significará el gobierno de Zuma un cambio decisivo hacia la izquierda? Después de la previsible victoria abrumadora del CNA el 22 de abril de 2009, en la que obtuvo 264 de los 400 escaños, no hay duda de que el PCSA considera esto como una oportunidad de ahora o nunca. En términos del viejo modelo leninista, el papel del partido era establecerse como la vanguardia del movimiento de liberación nacional, reclutar para su causa a los dirigentes nacionalistas, y entonces, después de la liberación, llevar a la revolución al triunfo de una conclusión socialista. En todas partes del Tercer Mundo esta estrategia tuvo éxito solamente en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, a la cual incluso el tardío triunfo comunista en Indochina le debe gran parte de su éxito. En Sudáfrica, aislada en el periodo de la posguerra, el modelo parecía estar funcionando perfectamente. El PCSA reclutó a Mandela, Sisulu y prácticamente a toda la generación siguiente. Dirigió la lucha armada, se convirtió en el cerebro pensante del CNA y sus ideas impregnaron el movimiento en su conjunto, de manera que incluso los militantes no comunistas del CNA tienden a reverenciar a Cuba y sueñan con emular en África el experimento bolivariano de Hugo Chávez.

El PCSA entró en la era democrática equipado no sólo con estas ventajas sino con un líder carismático, Chris Hani, que había desempeñado un papel clave en la lucha armada y después de Mandela era el dirigente más popular. Hani estaba claramente situado para asumir el liderazgo después de Mandela cuando fue tiroteado en 1993, un asesinato que el partido intentó sin éxito atribuir a Mbeki a quien se le abrió el camino al poder. A menudo parecía que el PCSA nunca se recuperaría de ese mazazo, hasta que Mbeki fatalmente se extralimitó despidiendo a Zuma y dio al partido una oportunidad providencial para recuperar su viejo papel dominante. En gran medida, la escisión en el CNA y la fundación del nuevo Congreso del Pueblo (COPU), es una reacción a la percibida toma del poder del PCSA en el CNA. Incluso muchos que han permanecido dentro del CNA están profundamente intranquilos por la manera en que Nzimanhe, Vavi y Mantashe se han convertido en los nuevos hombres fuertes del partido. En el periodo previo a las elecciones, Mantashe utilizó todos sus poderes como secretario general del CNA, purgando a todos los sospechosos de simpatías con el COPU y promocionando a comunistas de confianza en las posiciones clave. Los votos emitidos por las ramas o federaciones del

CNA a favor de este o aquel candidato fueron simplemente ignorados en esta búsqueda de pureza ideológica. Como consecuencia, el PCSA ha aumentado significativamente su peso dentro del grupo parlamentario del CNA. Antes de las elecciones, Mantashe incluso había insistido en que el nuevo gobierno respondería ante el PCSA y que los ministros incompetentes tendrían que rendir cuentas y serían despedidos por el partido si hiciera falta. Él y Nzimande hablaron incesantemente de la importancia de establecer la «hegemonía de la clase obrera» sobre todas las esferas de la vida nacional, lo que en la práctica significa el control de PCSA.

Esta no es la visión de Zuma. Aunque le gusta hablar de sí mismo como de un trabajador, en el fondo es un patriarca zulú y quiere ir con lo que funciona. Se rodeará no sólo de militantes del PCSA y del COSATU, sino también de una camarilla centrada en Durban de zulúes del CNA, además de hindúes y blancos del mundo comercial de esa misma ciudad. Zuma también es consciente de que toma el poder como un personaje ampliamente vilipendiado por los medios y que debe llegar rápidamente a los electores si quiere vencer a cualquiera de los creadores de opinión claves. El PCSA y el COSATU continuarán con esto siempre que sientan que su poder se refuerza. Así acompañaron tranquilamente el presupuesto de 2009 anunciado por el ministro de Economía Trevor Manuel, aunque no les gustara, tanto porque fueran capaces de elaborar la política económica en una «Cumbre de la Alianza» precedente, como porque consideraban que con el tiempo se podrían librar de Manuel. La clave está en que ahora se encontrarán incluidos en los círculos internos del poder, una posición a la que no renunciarán a la ligera.

El desplazamiento gravitatorio hacia la izquierda no se encuentra sólo en la fuerza de la influencia del PCSA, sino en los procesos por los que el CNA y el PCSA se desarrollaron como movimiento revolucionario, durante su largo exilio entre 1962 y 1990, con un marcado llamamiento a los pobres y desposeídos de Sudáfrica. Se hicieron grandes promesas, se anunciaron las expectativas del milenio, mientras el movimiento creaba sus propios mártires, retórica y mística. Entonces el gobierno del *apartheid* giró en redondo, invitó a que regresaran los exiliados y les entregó el poder bajo una constitución liberal, apartándoles así de la revolución. Ya que en realidad el movimiento nunca había parecido poder derrocar al *apartheid*, este compromiso histórico fue aprovechado con entusiasmo. Pero, conforme se van acumulando las decepciones, los errores y la corrupción de los gobiernos del CNA, aparece una tendencia natural a remontarse a las promesas incumplidas de esta tradición, o incluso a pretender que se ha realizado una revolución y que ahora debe ser defendida.

El programa de la izquierda es un tanto vago. Aboga por un «Estado desarrollista» en el que el centro desempeñe un papel económico mucho mayor tanto en términos de inversión como de intervención. Hay una demanda insistente de proteccionismo, especialmente para las industrias textiles y del motor, y se defiende una política que cultive nuevos sectores

industriales detrás de muros arancelarios. El PCSA ha hablado de nacionalizar la compañía petrolera Sasol, y también pide que los grandes bancos cedan una mayor parte de su capital a socios del EEN. La izquierda también está enfadada porque menos del 7 por 100 de las explotaciones agrícolas blancas han sido entregadas a propietarios negros, y pide que se transfieran cinco veces más en los próximos cinco años, con el abandono del modelo de «vendedor dispuesto, comprador dispuesto» para pasar a la expropiación a gran escala. Jeff Radebe, un partidario clave de Zuma, incluso habla de granjas colectivas del estilo de los kibutz y de agroaldeas, con multitud de nuevos granjeros formados y equipados por el Estado.

De hecho, el espacio para un movimiento decisivo hacia la izquierda es prácticamente inexistente. Los dos datos clave son, en primer lugar, que mientras 13,5 millones de sudafricanos reciben subsidios sociales, solamente 5,4 millones pagan el impuesto sobre la renta, y una proporción muy elevada de ellos son blancos, asiáticos y mulatos. Medidas redistributivas energéticas llevarán sin duda a muchos de ellos a la emigración, empeorando la escasez de profesionales y reduciendo la base impositiva hasta un punto donde podría colapsar el Estado del bienestar en su conjunto. El segundo dato es que Sudáfrica está operando con un déficit en cuenta corriente del 7,4 por 100 del PIB, uno de los más elevados del mundo. Para financiarlo tiene que haber un flujo anual de al menos 20 millardos de dólares procedentes de inversores extranjeros. Si la izquierda tomara medidas que asustaran a esos inversores, el resultado sería el colapso económico inmediato. Además, el periodo que arranca en 1994 ha visto una radical internacionalización de la economía de Sudáfrica. Muchas grandes compañías son en su mayoría de propiedad extranjera y también han trasladado al exterior sus sedes centrales. La izquierda puede todavía pensar en términos de una autarquía nacional, pero esto cada vez resulta más alejado de la realidad. Sasol, la mayor compañía industrial del país, ahora tiene activos por todo el mundo y sin duda en el caso de nacionalización escaparían a la apropiación del Estado.

Perspectivas

En cierta medida, de algún modo está surgiendo un «Estado desarrollista» debido a la previa planificación de una masiva inversión en infraestructuras. Pero gran parte de ésta se debe simplemente al hecho de que el Estado ha permitido que la infraestructura energética y de transporte se deteriorara de mala manera y ahora tiene que ampliar el gasto para ponerse al día. Que el gobierno de Zuma sea realmente capaz de reunir las sumas requeridas, en medio de una crisis internacional del crédito, es algo que está por ver. Suponiendo que pueda, es poco probable que los resultados hagan avanzar la causa socialista. Hasta la fecha todo sugiere que la maquinaria del Estado es incapaz sostener semejantes inversiones y que habrá una fuga masiva de fondos debida a la corrupción. A fin de cuentas, las perspectivas para la creación de nuevas industrias no son buenas. Los

salarios son demasiado altos para competir con Asia y la productividad demasiado baja para competir con Europa. Realmente existe un sector industrial «perdido» y por ello en gran medida, un proletariado perdido, como lo demuestra el hecho de que muchos de los miembros de COSATU sean empleados de oficina. El país sufre el «síndrome holandés»: su prodigiosa riqueza en minerales y sus exportaciones de materias primas empujan el valor del rand muy por encima del nivel requerido para que las industrias del país sean competitivas internacionalmente. Pero ni la burguesía negra ni la blanca tienen prisa por ver una depreciación de la moneda que dispararía los precios de las importaciones por las que tienen tanto apetito.

El asunto más crítico es la reforma agraria. Prácticamente todas las explotaciones agrícolas entregadas a comunidades negras se han desplomado hasta caer en la agricultura de subsistencia, provocando una dramática pérdida en la producción de alimentos. Al mismo tiempo, la amenaza de perder las explotaciones ha llevado a muchos agricultores a retraerse de nuevas inversiones, con ruinosas consecuencias. El resultado conjunto fue que en 2008, por primera vez desde 1985, Sudáfrica se convirtió en un importador de alimentos, algo que la ya sobrecargada cuenta corriente no podía afrontar. Si los ambiciosos planes sobre reforma agraria de la izquierda prosiguen, ciertamente habrá una acusada caída de la producción, que provocará unos precios de los alimentos mucho más elevados y el hambre entre los sectores más pobres de la población. Los expertos agrícolas están advirtiendo que, incluso con una producción suficiente de alimentos, el deterioro tanto de la red de ferrocarril como de las carreteras rurales ha llegado a tal punto que el 35 por 100 de la población se encuentra en riesgo de malnutrición debido a las dificultades para que les lleguen los alimentos. La situación se agrava con los millones de refugiados de Zimbabue, Congo y otros países, que han inundado Sudáfrica por el colapso de los controles fronterizos. El desempleo creciente, por no hablar de la grave escasez de alimentos, podrían provocar un recrudecimiento de las revueltas xenófobas que se llevaron 60 vidas a principios de 2008. Cerca de 1,5 millones de niños están mal alimentados como resultado de la inseguridad alimentaria crónica.

La perspectiva de un gobierno de Zuma presidiendo sobre un desempleo creciente, revueltas xenófobas y hambrunas no guarda relación con el documento fundacional del CNA, la Carta de Libertades. Es muy probable que la respuesta sea concentrarse en forzar nuevos planes del EEN sobre los bancos y otras compañías, de manera que se enriquezca una nueva hornada de los que estén bien relacionados políticamente. El problema es que el CNA y el PCSA no han estado a la altura de su promesa no racial y han aceptado demasiadas premisas del nacionalismo racial de Mbeki. Todo lo que esto ha conseguido es hacer que la población blanca que aún permanece sea más importante que nunca. Sin sus impuestos, sus capacitaciones y sin las compañías que poseen, todo el país se desplomaría. Mientras los más acomodados huían a la sanidad privada, a los colegios privados y a las compañías de seguridad privadas, los pobres, encerrados sin

elección en el sector público sufren las consecuencias. Los resultados son el descenso en los niveles de salud, educación, una marcada caída de las expectativas de vida y montañas de desempleados.

Por otra parte, como mostraron las elecciones de abril de 2009, la fragmentación del CNA ha comenzado. El escindido COPE, después de unos pocos meses de existencia, robó 1,3 millones de votos proporcionando un foco alternativo para el apoyo negro. Aunque el CNA triunfó con el 65,9 por 100, esto representa una caída cercana al 4 por 100 desde 2004, a pesar de una participación más elevada. El voto del CNA descendió por todo el país, a menudo de manera acusada y solamente una gran muestra de apoyo zulú a Zuma salvó al partido de un bochorno mayor. Mientras tanto, los liberales de la Alianza Democrática continuaron fortaleciendo su posición, ganando un millón de nuevos votos y aplastando al CNA en Cabo Occidental. El CNA, que previamente había controlado esta provincia, está ahora en completa confusión en Ciudad del Cabo, la segunda conurbación más importante del país. Más que nunca, el CNA está llegando a depender directamente de la etnia. Los zulúes son, con mucho, el mayor y más cohesionado grupo dentro de la población negra. Son conscientes de que el CNA ha tenido líderes xhosa desde que tomó el poder y están encantados de que finalmente un zulú haya tomado el puesto.

Esto es problemático en dos aspectos. En primer lugar, está universalmente aceptado que Zuma será un presidente de un solo mandato; tiene 67 años y a su término tendrá 72, pero es poco probable que en cinco años los votantes zulúes estén preparados para renunciar a su posesión de la presidencia, por lo que podría haber un grave conflicto interno sobre ese punto. En segundo lugar, el COPE alcanzó sus mejores resultados entre los descontentos votantes xhosas de Cabo Este y Cabo Norte. Las semillas de una futura división étnica han sido sembradas y representan una importante amenaza para la unidad del CNA. Durante la era de la independencia, en la década de los sesenta, René Dumont escribió reveladoramente en su *L'Afrique noire est mal partie* de una «salida en falso en África». Ahora, una generación más tarde, a pesar de las lecciones que supuestamente se han aprendido y de las embriagadoras promesas del CNA en 1994, ha habido una salida en falso de proporciones extraordinarias en el Estado más desarrollado de todo el continente.